

La contra naturaleza del miedo

Sergio González Rodríguez

Narrador, ensayista, estudioso de la cultura contemporánea en sus rasgos más radicales, Sergio González Rodríguez, autor de Los bajos fondos, El triángulo imperfecto y El sendero de los gatos, entre otros, nos ofrece una meditación acerca del miedo, ese sentimiento que —más allá de la psicología o las neuropatías— se convierte cada vez más en un rasgo característico de la sociedad contemporánea. El miedo ha atravesado el espejo del mundo del inconsciente colectivo y del imaginario social y se encuentra hoy entre nosotros.

DEL REGISTRO NEUROQUÍMICO A LAS PALABRAS

Nombrar es distinguir. Es decir, desprender de lo informe, de lo inasible y, en consecuencia, de lo abrumador y acaso repugnante o siniestro. Señalar algo remite a un ejercicio análogo al acto de nombrar: una marca o índice que parte de un gesto y termina por visualizarse en el aire. Ponerle un nombre a las cosas, o señalarlas en el mundo, reviste un lance estratégico respecto de la fenomenología del miedo y el potencial destructivo constructivo de éste. El miedo implica una entidad que nos confronta desde la desmesura y lo amorfo hasta el momento en el que nos volvemos capaces de contrarrestarlo mediante palabras que saben nombrar y distinguir y, a partir de

ellas, recaer en puntos de registro, emergencias y trayectos en los que el miedo —que al final, son los miedos en su especificidad, génesis y desenvolvimiento diversos— delinea su perfil y autoconstruye sus mapas movedizos.

El miedo nos contiene y nos trasciende. Implica el motor por antonomasia de las colectividades que coexisten y, al mismo tiempo, en sus emanaciones paradójicas que le son inmanentes, se muestra como un elemento disolutorio o corrosivo del orden cuando su fuerza resulta mayor que el continente formal, jurídico, legal en el que, después de estar confinado a lo largo del tiempo —llámese Estado, Nación, Sociedad, Comunidad, Religión—, se desborda tras derruir los muros intangibles que le dieron estabilidad y solidez.



Max Ernst, collage

Entonces, el miedo tiende a inundar el mundo inmediato —la irrupción del *pandemonium* tiene lugar, dirían los antiguos. El grado de anomia, la incapacidad de nombrar, contigua a la ausencia de reglas en la sociedad —y, sobre todo, a la falta de cumplimiento de las reglas, o su ruptura, desvío, manipulación sistemática, facetas encubiertas de la misma anomia— aparece como el primer aviso del desbordamiento del miedo, que cuando se expresa en su madurez adquiere el rango supremo de pánico.

Paradójico, ambivalente, ambiguo, el miedo permite la sociabilidad tanto como la destruye: da y quita certidumbres. Asimismo, mantiene un estado proteico: mientras el continente que lo ordene sea más poderoso, el miedo solidifica, construye edificios, ciudades, límites, murallas, fronteras y territorios que imitan una consistencia de aspiraciones atemporales; si el continente se debilita, el miedo se vuelve gaseoso y, al final, líquido —estatuto primigenio en la creación. De allí que se pueda imaginar un proceso del miedo en la sociedad que transcurre desde la fundación en lo telúrico, en el orden, en el progreso, hacia la suma y mult i-

plicación de tales cualidades que se transmutan en valores simbólicos —el mejor ejemplo de esto lo representa la historia patria. Llegado el punto de desgaste, de dificultad del continente originario para enfrentar el transcurso degradador del tiempo, el miedo pasa de estar sólo incrustado en edificios, plazas, barrios, ciudades, límites, murallas, fronteras y territorios, de colmar la bóveda celeste de las simbolizaciones colectivas que moldean lo íntimo a su vez, y recupera su informalidad, su liquidez, su adaptabilidad, su incontinenencia. Entonces, como el agua en los océanos, el miedo crece, conjunta una ola que anega las construcciones colectivas y comienza a dictar sus propias reglas a partir de un índice que va de la duda, a la sospecha, y de la incertidumbre a la carencia de perspectivas. El miedo se vuelve también un manto acuífero que anestesia contra el dolor y obliga a cancelar la memoria.

Al final del siglo xx y el inicio del siglo xxi, el miedo es el síndrome —conjunto de cosas concurrentes— de una fatalidad cumplida en las sociedades planetarias, lo mismo metropolitanas que intermedias o periféricas, o bien, aquellas que pertenecen a una clase diferente: las que incrustan asimetrías y anacronías dentro de cada una de las otras. Las fronteras son contagiosas. El dibujo de sus mapas interconectados admite puntos insoslayables. ¿Ante qué se tiene miedo? En general, ante ocho focos al menos:

1. La violencia (bélica, comunitaria, intrafamiliar, de género, étnico racial, de jerarquía social, policíaca, militar, terrorista, etcétera).
2. La crisis económica (fin de la confianza en el trabajo y el cuerpo asalariado, el caos en el acto de sobrevivir).
3. El fracaso o decadencia de las ideologías políticas y su redentorismo aquí y ahora, incluso sus derivaciones, como el sindicalismo.
4. La alteridad extrema respecto de lo normativo (migrantes, desposeídos, delincuentes, marginados, prostitutas, travesties, sectarios, jóvenes, toxicómanos, presos, alienados, etcétera).
5. La salud física y moral en riesgo (pandemias, o bien, desde el punto de vista de la sanidad intangible, los valores, prestigios, gustos, sensibilidades, usos y costumbres que contradicen lo tradicional).
6. La invisibilidad del poder (instituciones políticas, partidos, jueces, crimen organizado, narcotráfico, guerrillas, medios masivos de comunicación, etcétera).
7. Las simbolizaciones de lo adverso subjetivado (manías, fobias, temores).
8. Lo supraterrrenal (temor de Dios, supersticiones, premoniciones, lo mántico, lo soterológico).

El miedo nos contiene y nos trasciende.

También despiertan miedo atávico, por extensión, los espacios o lugares donde habitan o transitan los focos ya descritos: desde los cuarteles y delegaciones policíacas, hasta los canales de televisión o radio, así como las fronteras entre los países, algunos rincones, templos o umbrales. O la multitud en sí, una de las fuentes contemporáneas de mayor identificación con el miedo. El espejo que se autorrefleja.

El intercambio simbólico del miedo alcanza una facticidad semejante a la del dinero bancario: creemos en las monedas y los billetes de banco sólo porque están respaldados por todos, aunque no sean más que pedazos de metal troquelado o papel impreso con colores y efigies hermosas. El monstruo colectivo y sus emanaciones ante las que depositamos nuestros miedos individuales y, a la vez, añadimos lo necesario para que la tensión del miedo compartido se mantenga en una línea de equilibrio.

¿Qué sucede cuando el continente institucional del miedo comienza a resquebrajarse? La relación de

los agentes que antes generaban miedo y se mantenían en un margen de control de daño, tienden a posesionarse de los espacios públicos y privados, e incluso de las percepciones íntimas, lo que comienza a modificar la propia realidad sobre la que el miedo proyectaba sus fantasías y capitalizaba un papel hegemónico, y ésta a su vez comienza a ser vista de otra forma diversa a la que había regido hasta entonces. Adviene en consecuencia una instrumentalización del miedo que proviene de las limitaciones de un continente degradado, que propicia que las esferas de control tradicional —incluso las de tipo alternativo— multipliquen los usos políticos, ideológicos, de control mediático de cara al presente, y de revisionismo histórico también, que auxilie a reubicar el pasado de cara a un futuro deseable —por ejemplo, la reivindicación neoindigenista en busca de alternativas de mejoramiento o, en la esquina contraria, la defensa a ultranza de un estado de cosas con el sólo fin de evitar la emergencia de la “barbarie”.



Max Ernst, collage



Max Ernst, collage



Max Ernst, collage

En el mismo sentido, a veces en línea paralela, a veces en rumbo convergente, surgen las prácticas mediáticas de vigilancia, manipuladoras, de entretenimiento, de conducción e inducción de los miedos colectivos, que introyectan en lo individual, lo familiar, lo comunitario, lo local regional y lo nacional la idea de que el televisor o la radio —en épocas postilustradas, el libro o la letra impresa en general ha dejado de ocupar el centro de la escena— son los rostros del prototipo del pastor o guía de los rebaños en cada círculo comunitario.

La ubicuidad y simultaneidad de lo mediático, donde *internet* ocupa todavía un sitio reducido, si bien preñado de promesa, y por lo tanto su presunto papel liberador y democratizante está inscrito en la relativa estrechez de sus alcances, ha hecho que el miedo se reproduzca a través de penetraciones y amplitudes ilimitadas que saltan de la escala física a la microfísica, y cuyo crecimiento exponencial ha desplazado el recuerdo de los viejos temores

premodernos, animistas, espectrales, hacia una ubicación específica que lleva nombres y apellidos, o nominaciones precisas que de tanto serlo recuperan su instancia de misterios primordiales: por ejemplo, “cárteles de la droga”, “narcotraficantes”, “mafia”, “pandilleros”, “globalifóbicos”, “tribus”, etcétera.

El miedo y sus paradojas producen, como parte de su ambivalencia, de su ambigüedad, subrelatos o imágenes parasitarias que contribuyen al auge del pánico, así aparezcan como jaculatorias, dicterios, execraciones, celebraciones, condenas o antídotos. Éste es el caso de los *reality shows*, de los libros de superación personal o autoayuda, del periodismo sensacionalista o amarillista, de la búsqueda mediática del “mayor impacto emotivo”, de los corridos del narcotráfico que cantan el esplendor o la caída de la vida de contrabando, o las declaraciones de los políticos acerca de que “todo va bien en el país”, cuando en la realidad acontece lo contrario.

Hay otros subrelatos sutiles que contribuyen a la misma tarea desde la racionalización del miedo: los informes tecnocráticos acerca de los índices del desempleo o la inflación, la jerga especializada en economía y finanzas —amenaza permanente de estragos totales si se deja de obedecer los lineamientos de quienes “saben”—, o el discurso de los políticos que claman a cada minuto por el imperio de la ley o la “majestad del derecho”. También resuena allí la verborrea de los politólogos o “expertos” en traducir la esfera de lo público a las grandes mayorías y cuyos alegatos culminan casi siempre en el grito escandalizado que olfatea o previene acerca de los ríos de sangre que habrán de crecer a menos de que se mantenga un respeto irrestricto a las instituciones y las normas.

El miedo es parálisis o comportamiento autocomplaciente, y los subrelatos del miedo son excrecencias y recursos que impiden o quieren impedir la ruptura de un tejido de significaciones saturado de espanto. El deterioro frente a su propio rostro. El miedo como hiperconductor y gestor del caos y sus vías regias: desinstitucionalización, cuerpos explotados, vértigo incesante. La pérdida de los puntos de referencia conduce al desvarío. El miedo es la fórmula de lo vertiginoso, y cuando alcanza su clímax se invierte en placer, en mal gozoso, esto explicaría su generalización contemporánea. El hedonismo del pavor, la ida y vuelta de su posibilidad de convertirse en dominio puro. **U**

El miedo es la fórmula de lo vertiginoso, y cuando alcanza su clímax se invierte en placer, en mal gozoso...